

el escritor latino, historiador, poeta o filósofo, sólo hay una ciudad que le ofrezca oportunidades.

Es cierto que allí era factible encontrar mentalidades que los comprendieran; pero también la competencia era grande y no siempre real. Las letras no daban para vivir, aunque prestigiaran, excepto que se conquistara la generosidad de algún protector que gratificara los versos. La cultura, este exquisito don del espíritu, no había sido otorgado a los hombres prominentes del Imperio Romano. Vivían abocados a la exterioridad, a la ampliación de sus fronteras. En la disputa entre Esquines y Demóstenes se inclinarían de seguro por el primero, representante de la rapacidad macedónica, y no por el segundo, defensor de la dignidad helénica. Incluso Virgilio, no sabemos si por orgullo de romano o por reconocimiento patriótico a una triste realidad, les decía: "*Tu regere imperio populos, Romane, memento...*" (1). Aquel pueblo de entumecida mentalidad para comprender sutilezas filosóficas o poéticas se hubiera mostrado indiferente, fastidiado y quizá insultado, si alguien intentara renovar las gestas de los rapsodas que deambulaban por las ciudades de Grecia, de la Grecia madre y colonial, ofreciendo recitales filosóficos y poéticos, cantados según el ritmo, acentuación y melodía de los exámetros. El pueblo romano se entusiasmaba en el circo, en las luchas con los gladiadores, gustaba de las hecatombes y, sobre todo, aplaudía los desfiles marciales, cuando el general triunfante, desde el campo de Marte, entraba en Roma para ser coronado. No existía ambiente propicio para el poeta latino, sino en reducidos círculos.

La esperanza del poeta era el protector: dar con el personaje que regular u ocasionalmente lo gratificara; un hombre superior al vulgo, para apreciarlo y remunerarlo, aunque fuera para propia vanagloria. De ahí el que se apretujaran para acercarse a las puertas de los poderosos, *potentiorum limina* (2), como dice Horacio. El protector no sólo era el hombre que prestigiaba, por la nobleza de la sangre o de hechos bélicos o políticos, sino también la mano benéfica que, materialmente, permitía vivir al poeta. Constituía, para decirlo en términos bruscos, la solución a las angustias económicas. Debía conservárselo, mantenerlo propicio, reavivar su generosidad con elogios bien versificados, cuando olvidadizo no atendía a las necesidades materiales del poeta: una mención de un poema didáctico, en una poesía lírica, tal vez el juego de un epigrama, o, quizá, cuando se quería o se sentía necesidad de estrujar generosamente aquella generosidad, un *Maecenas atavis* (3)

(1) Virgilio, *Aeneida*, VI, 850, "Acuérdate, oh Romano, que estás destinado a gobernar a los pueblos".

(2) Horacio, *Epodon Liber II*, 7, "los umbrales de los poderosos".

(3) Horacio, *Odae*, Liber I, 1.

horaciano. La mayoría de los poetas latinos precisaban del protector como el ama de casa necesita de una despensa bien provista.

Constituían la razón externa de su vivir. Como escritor únicamente en Roma se podía esperar fama y prestigio; pero en esta ciudad no sólo debía hacer frente a la competencia, sino encontrar una solución adecuada que no le restara tiempo a su vocación intelectual y que le proporcionara lo suficiente para no sufrir angustias. El hallazgo no era fácil; pero si el hado lo favorecía, no tenían que ahorrarse esfuerzos para conservarlo. No sabemos quién era, tal vez un pobre y hambriento poeta, el que se acercó a Horacio y se empeñaba en acompañarlo, para que lo presentara a Mecenas. La terquedad del aspirante a cliente está maravillosamente descrita en la sátira *Ibam forte via sacra* (4), pero Horacio es aquí el feliz, el protegido, quien pudo regalarnos, gracias a esta protección, sus versos inmortales; el otro, quizá era también un buen poeta, reducido a mendigar su sostén en las tabernas de extramuros, capaz de crear exquisitos poemas en un ambiente más propicio, que nunca pudo lograr. Con razón pudo decir Juvenal:

*Nil habet infelix paupertas durius in se
quam quod ridiculos homines facit* (5).

Nos resulta fácil indicar la mayoría de los protectores para los poetas más distinguidos: Memnio lo fué de Lucrecio; Catulo se protegió con Cicerón; Tibulo recibió dones de Mesala; Horacio y Virgilio fueron generosamente estimulados por Mecenas y también por César, y Marcial, el epigramista español, acumulaba cuantos podía para asegurarse seguros y bien crecidos ingresos. Esta es una realidad externa; pero no nos precipitemos a conclusiones sobre la posible desviación a su independencia que el proteccionismo les hubiera podido imponer. La literatura latina no era un continuo mover del incensario para arrancar dones a los dioses terrenos. Estudiada más de cerca, podemos deducir óptimas lecciones, incluso de independencia, que, por cierto, no abundan en nuestro siglo en que el escritor no se ve urgido por estas necesidades.

* * *

Los temas preferidos por los poetas tal vez podrían clasificarse bajo estos tres tópicos: patria, amor, naturaleza. Diversidad en el tono y matices muy diferentes de interpretación nos indican épocas y literaturas; pero la coincidencia es bastante general. Son escasos los que

(4) Horacio, *Saturum Liber I*, IX, "Por acaso iba por la vía sacra".

(5) Juvenal, *Satura III*, "Lo más duro que tiene la infeliz pobreza es que hace a los hombres ridículos".

se apartaron de estos tópicos. Entre los latinos una excepción magnífica es Lucrecio, quien, en su poema *De rerum natura*, expone un sistema filosófico como medio para liberar al hombre; pero, por sus propósitos, el poema se podría incluir entre las composiciones de finalidades humanísticas; en resumidas cuentas, de amor a la especie humana y admiración a la naturaleza. Los poemas didácticos, por ejemplo, la *Epistula ad Pisones*, de Horacio, sólo en escasos versos los consideraríamos obra poética. En los latinos, especialmente en los más destacados, como Lucrecio, Horacio y Virgilio, se notan además permanentes efluvios filosóficos, predominantemente epicúreos o estoicos, que delatan el fondo cultural e intelectual del poeta.

La patria para los latinos es Roma, su imperio, sus glorias militares. La ciudad los había cautivado, por convicción o por convencionalismo, aunque ningún poeta digno de mención nació dentro de sus muros. A pesar de su fidelidad a Roma, como centro político, no siempre se consideraban obligados a tratar con miramientos a aquellos que temporariamente tenían las riendas del poder. Catulo se toma la libertad de satirizar, no ya sólo a César como gobernante, sino de poner al descubierto sus costumbres privadas (6). Diverso de la multitud que se esforzaba en grangearse sus favores, el poeta se singularizaba al decir: "No tengo, oh, César, el menor deseo de agradarte, ni saber si eres blanco o negro" (7). Pero, probablemente, este joven poeta, más aficionado a las gratas lides amorosas que a la política, escribía así bajo la influencia de Cicerón, adversario de César en la lucha que éste sostuvo con Pompeyo. Fué también otro poeta, Ovidio, preferentemente aficionado a lo mitológico y amoroso, quien se atrevió a agraviar a César, debiendo sufrir por ello el destierro de Ponto Euxino. Pero, una vez en el destierro, *Quid melius Roma? Scythico quid frigore peius?* (8), para reconquistarse los favores de César y con la esperanza de que se le dejara volver a la capital del Imperio, se excedió en elogios (9).

Marcial era menos afecto a Roma; su espíritu burlón y satírico no podía tomar en serio la dignidad de los Césares y el brillo imperial; pero, naturalmente, no se estableció en Roma para arrastrar una vida miserable en las tabernas de extramuros. Elogia al emperador de turno; sabe ser cauto, especialmente bajo Nerón, cuando comprueba que los españoles no son bien mirados. Sin embargo, incidentalmente, pasada la época de esplendor o sobrevenida la muerte del gobernador, se permite ciertas burlas. Pero no va más allá; no estaba en su carácter adoptar

(6) Catulo, *Carmina* LIV, LVII.

(7) Catulo, *Carmen* XCIII.

(8) Virgilio, *Ex ponto*, I, 3, 37, "¿Qué hay mejor que Roma? Por el frío, ¿qué es peor que la Escitia?"

(9) Véase, por ejemplo, Ovidio, *Ex Ponto* II, VIII.

una actitud filosófica o moral que turbara su tranquilidad o le fastidiara con posibles persecuciones. Encuentra difícil que en Roma se viva decentemente. Pregunta a Sexto:

*Quae te causa trahit vel quae fiducia Roman,
Sexte? Quid aut speras o petis inde? Refer* (10).

Luego de descartar que llegue a ser orador como Cicerón o poeta a la altura de Ovidio o Virgilio, le dice:

Si bonus es, casu vivere, Sexte, potes (11).

Por la misma época, otro poeta, Juvenal, no callaba su desengaño de Roma al decir *Omnia Romae cum pretio* (12), ciudad donde es mayor la sed de la fama que de la virtud (13). Tengamos, sin embargo, en cuenta, que estos autores escribían en una época de decadencia en todos los órdenes: político, literario y religioso.

Referente a la relación del poeta con los políticos no eran mejores ni peores que las de los literatos de generaciones posteriores. Observaban las cautelas que se impone toda persona que, sin ser específicamente un político ideológico, no quiere exponerse a inútiles y fastidiosas molestias. Tal vez el protector los mantenía dentro de la tendencia política a que pertenecía. Así procederían Virgilio y Horacio para complacer a Mecenas. En cuanto a Lucrecio es difícil deducir sus simpatías políticas por la lectura del *De rerum natura*. Tengamos, sin embargo, en cuenta que a la mayoría de estos poetas, por la índole de sus poesías, escasas oportunidades se les ofrecía para manifestarse en pro o en contra de una determinada tendencia. Sus temas preferidos eran el amor, la naturaleza o motivos mitológicos que se reducen a los primeros. En cuanto a la patria, como en la *Eneida*, era un tópico que podía tratarse en forma genérica o histórica, mezcla de ficción o imaginación poéticas.

* * *

Los poetas latinos se daban perfecta cuenta de su condición de clientes. No eran nada que, en aquel ambiente social, tuviera un sentido humillante; se acomodaban a esta situación con toda naturalidad, sin exteriorizar repugnancias que, en definitiva, hubieran ido en contra de

(10) Marcial, *Epigrammata*, Liber III, XXXVIII, 1-2, "Sexto, ¿qué causa o qué esperanza te trae a Roma? ¿Qué esperas o pretendes? Dímelo".

(11) Marcial, *Epigrammata*, Liber III, XXXVIII, 14, "Si eres bueno, Sexto, por casualidad podrás vivir".

(12) Juvenal, *Satura III*, 183, "Todo en Roma tiene precio".

(13) Juvenal, *Satura X*, 140-1, "Tanto maior famae sitis est quam virtutis".